

EDITORIALES

Equilibrios del PP

El Gobierno no debió alentar la esperanza ante una sentencia de la que se sabía que sería contraria a la 'doctrina Parot'

Es difícil de entender que el Gobierno y el Partido Popular, que tenían desde hace semanas la certeza casi absoluta de que el plenario del Tribunal de Derechos Humanos de Estrasburgo desmantelaría la 'doctrina Parot' luego de que la Sala Pequeña ya tomara esta misma decisión en julio de 2012, alentaran hasta el último momento la esperanza de que sucediera todo lo contrario. El resultado ha sido una gran decepción, que a todos nos ha afectado pero que ha perturbado en especial a las víctimas del terrorismo, a las que como es natural indigna cualquier medida que favorezca objetivamente a los asesinos de ETA. El Estado, y en su nombre el presidente Rajoy, no tenía más remedio, obviamente, que acatar la sentencia de Estrasburgo sin vacilaciones ni dudas; e incluso ha resultado sorprendente que el jefe del Ejecutivo haya calificado de «injusta y equivocada» una decisión judicial muy bien fundamentada que emana del corazón jurídico de la Unión Europea, cuya función es ejercida por magistrados de acreditada solvencia. Sin embargo, Rajoy ha querido mostrar de este modo su adhesión a las víctimas, parte de las cuales ha llegado a pedir el desacato a la sentencia. La condescendencia del Gobierno con esas víctimas, que representan el heroico sacrificio personal de muchos ciudadanos honorables que dieron su vida por la democracia en la lucha contra el terror, llega hasta el apoyo a la manifestación contra la sentencia convocada por la AVT que tendrá lugar este domingo; no acudirán a ella los miembros del Ejecutivo pero sí una representación oficial del PP encabezada por González Pons. El lema, 'Justicia para un final con vencedores y vencidos', no resulta comprometedor, aunque quizá el Gobierno deba distinguir entre los objetivos particulares de las víctimas, respetabilísimos, y los del resto de la nación española, que no debe poner en duda la lealtad hacia Europa por una decisión jurídica que, aunque nos desagrada en grado sumo, está sólidamente fundamentada. En cualquier caso, la sentencia, una contrariedad para la política del Ejecutivo respecto a ETA, obliga a éste a reconsiderar íntegramente su estrategia para facilitar el fin definitivo de la banda terrorista.

Estabilización del paro

Los datos de la EPA referente al tercer trimestre del año son objetivamente favorables: el número de parados se redujo en 72.800 personas entre julio y septiembre, con lo que el total se situó en 5,9 millones; y el empleo, por su parte, ha avanzado en 39.500 personas coincidiendo con la salida de la recesión. No se entenderían bien sin embargo estas cifras si no se conectaran con estas otras: la población activa se ha reducido en 33.300 personas en el trimestre y en 370.400 en el último año, por lo que la reducción del número de parados no significa todavía creación de empleo neto; y continúa destruyéndose empleo fijo mientras crece el empleo temporal. Todo indica, en fin, que el desempleo se ha estabilizado, entre otras razones por causa de la reforma laboral y, sobre todo, por el gran incremento de productividad que ha registrado nuestro país al desaparecer o menguar las actividades poco productivas (gran parte del sector construcción, sobre todo). Lo que a su vez significa que en cuanto comencemos a crecer a tasas apreciables, el mercado laboral se dinamizará y comenzará a crearse empleo. Infortunadamente, sin embargo, la política presupuestaria ha de supeditarse más a la consolidación fiscal que al crecimiento, por lo que el camino será largo.

SUR EL PERIÓDICO DE MÁLAGA
Edita: Prensa Malagueña S.A. Director General José Luis Romero

Director Manuel Castillo Director de Publicaciones Pedro Luis Gómez

Subdirector Javier Recio Villalobos

Adjunto a la Dirección (Economía) José Vicente Astorga
Mesa de Redacción Elena de Miguel (JEFA DE INFORMACIÓN), José Miguel Aguilar (JEFE DE EDICIÓN),

Luis Moret (MULTIMEDIA), Ana Barreales (INTERNET), Antonio Ortín (MÁLAGA), María Eugenia Merele (CULTURAS Y SOCIEDAD), Juan Antonio Morgado (DEPORTES), Héctor Barbotta (MARBELLA), Fran Ruano (ARTE Y DISEÑO)

Director de Control de Gestión Hugo Ferré
Director de Marketing Joaquín Cestino
Director Técnico Fernando de Gálvez
Publicidad CMSUR S. L.
Director Comercial Jorge Artero

LA TRIBUNA

Las niñas quieren ser papisas

JAIME AGUILERA
ESCRITOR

El gran reto de la sociedad en general, y de la Iglesia Católica en particular, es incorporar definitivamente la igualdad entre hombres y mujeres



La hasta entonces periodista Letizia Ortiz apareció enfundada elegantemente en un traje blanco de Armani. Lucía un magnífico anillo de oro blanco y brillantes. Sus gestos transmitían una confianza inusitada, una seguridad en sí misma que hasta ese momento habían sido habituales, casi necesarias, en su faceta de presentadora de televisión. Sin embargo, resultaba extraño, casi embarazoso, la manera en la que tomaba la iniciativa en la pareja a la hora de responder a sus colegas periodistas. Llegó a interrumpir al Príncipe y se convirtió de la noche al día en una suerte de antitesis de la discretísima Reina Sofía. No se había puesto a la misma altura que el Príncipe, se había puesto por encima...

Años más tarde, el hasta entonces obispo de Buenos Aires apareció en el balcón principal del Vaticano. Al igual que Letizia, también apareció vestido de blanco, pero no era de Armani. Al igual que Letizia, también apareció con joyas, pero no era la cruz pectoral de oro que todos esperaban sino otra mucho más sencilla, mucho más humilde. En su discurso se limitó a dar las gracias, a rezar y a ponerse al servicio de todos: no como Papa sino ahora como obispo de Roma.

Estas dos apariciones de blanco, separadas en el tiempo, sorprendieron a todos porque los personajes se colocaron a una altura distinta a la convencionalmente esperada: Letizia por arriba y el Papa Francisco por abajo.

No sé que ocurrió en la trastienda del palacio de El Pardo después de la aparición estelar -por el traje y por su comportamiento- de Letizia. Pero si sé que la vivaz periodista convertida en princesa pasó a ser, en cuestión de poco tiempo, precisamente eso: lo que se esperaba, la dócil princesa consorte.

No ha ocurrido lo mismo con el Papa Francisco, que despertó, y que sigue despertando, simpatías en mucha gente que se sentía muy lejana de la corte vaticana. Sencillamente, porque, a diferencia de la princesa, lo que vislumbró en su primera y también albina aparición se está manteniendo en el tiempo; sencillamente porque está volviendo a una humanismo cristiano que se había casi olvidado, un humanismo que tenía a la dignidad humana como principal valor.

La revolución del siglo XXI no cabe duda, no lo duden: va a ser la revolución de la mujer, por mucho que las tres religiones más importantes, las tres del Libro, las tres monoteístas, se empeñen en lo contrario.

Y el papa Francisco ha sido el primero en dar un paso adelante para que todas las mujeres tengan

el sitio que por dignidad les corresponde. El sitio adecuado para todas las mujeres: las que son princesas Letizias, las que no son princesas, las que nunca lo serán e incluso las que son hombres pero se sienten Letizias.

Ya era hora de que la Iglesia dejara de considerar a los homosexuales como apesados perversos: «En Buenos Aires recibía cartas de personas homosexuales que son verdaderos heridos sociales, porque me dicen que sienten que la Iglesia siempre les ha condenado. Pero la Iglesia no quiere hacer eso», les dice ahora el Papa Francisco. «Si una persona homosexual tiene buena voluntad y busca a Dios, yo no soy quién para juzgarla». Ya era hora de que alguien en la jerarquía vaticana hablara con la misma misericordia que predica.

Pero insisto: el gran reto de la sociedad en general, y de la Iglesia Católica en particular, es incorporar definitivamente la

igualdad entre hombres y mujeres. «La mujer es imprescindible para la Iglesia. María, una mujer, es más importante que los obispos». Si esta frase del Papa transporta lo 'imprescindible' a los todos los ámbitos de su organización habrá conseguido que siga existiendo después de más de dos milenios; de lo contrario, la decadencia del 'imperio romano vaticano' está garantizada.

Y para ello nada mejor que comenzar otorgando el orden sacerdotal a la mujer y aboliendo el celibato, que no es ningún dogma de fe, que es un simple decreto papal, que no se corresponde

con el papel de la mujer en las primeras comunidades cristianas, y que de hecho ya ha sido superado por otras comunidades cristianas.

¿Qué problema hay, o que problema puede haber, en que una mujer, o un homosexual, o una mujer homosexual, sea sacerdote u obispo? ¿Tiene algo que ver su sexo o su inclinación sexual con su fe, su vocación de servicio o su misión evangelizadora? ¿Qué problema puede haber en hacer del celibato una opción y no una obligación? ¿Por qué, como ya lo demuestran otras iglesias, un sacerdote, o sacerdotisa, no lo puede dar todo por su comunidad, incluyendo en ella si quiere a su propia familia?

Confiemos en que los negros cuervos, que siempre los ha habido y por desgracia siempre los habrá, no apaguen la voz -como hicieron con Letizia- de este mirlo vestido de blanco pero no de Armani.

Y es que si quieren apagar su voz ahora entiendo lo que decía Sabina de que «las niñas ya no quieren ser princesas». Pero seguro que si algún día pueden, las niñas quieren ser papisas.

